

UN DEBATE EQUIVOCADO

A lo largo de la historia muchos avances de la ciencia o de la técnica han sido objeto de polémica en torno al carácter intrínsecamente bueno o malo de los mismos. Uno de los ejemplos clásicos sobre esta cuestión es el de la energía nuclear. Einstein, un pacifista que colaboró en su desarrollo, se dio cuenta de los riesgos que significaba este avance si caía en manos de los señores de la guerra. Pero, de otra parte, la energía nuclear presentaba grandes ventajas en otros muchos campos, como la medicina, la agricultura o la industria eléctrica. La polémica estaba servida: ¿Era buena o mala en sí misma la energía nuclear?

Otro gran avance de nuestros tiempos se ha visto siempre inmerso en una discusión similar. La televisión, nuestra imprescindible caja tonta, ha sido calificada al mismo tiempo como un instrumento de información, formación y entretenimiento de gran importancia y de un auténtico agente de alienación y embobamiento de la ciudadanía.

La última polémica de estas características a la que asistimos es la que afecta a las redes sociales. Detractores y defensores mezclan y superponen aceradas críticas con alabanzas sin fin sobre estas nuevas maneras de comunicarse. El eje siempre el mismo: su bondad o maldad intrínseca.

Estas discusiones y debates suelen resultar siempre apasionantes y no están exentas de argumentos de gran hondura y calado, que las convierten en imprescindibles instrumentos para la reflexión. Sin embargo, parece que no aprendemos nada. Hace tiempo que debíamos haber reparado en que pocas cosas son buenas o malas en sí mismas sino que todo depende del uso que se haga de ellas. Y ese uso, amigos, corresponde en exclusiva al ser humano, que es quien, en definitiva, deberá someterse al juicio que determine precisamente la bondad o la maldad de cada uno de sus actos. No eludamos nuestra responsabilidad.